

de que el rondador estaba oculto tras las cortinas del dormitorio no siendo otro que el mismo príncipe Carlos. Sin embargo, la cosa no pasaba aun de simple conjetura ó sospecha.

Tal era el estado de las cosas y la situación de los personajes al comenzar esta historia. Tal fué también lo que contó, con mucha menos abundancia de detalles, el príncipe al marqués cuando le franqueó abiertamente todo su corazón.

## IV.

AURA.

Tres noches después de las referidas aventuras, en una apacible y clara, un caballero que con ayuda de una llave se había introducido cautelosamente en el jardín de la reina, se paseaba por una de las calles del mismo, bajo la bóveda bordada cuyos juguetones caprichos dibujaba en el suelo la luz melancólica de la luna.

No era otro este caballero que el marqués de Poza.

Sin duda hacia ya rato que esperaba, y hallábase acaso el buen galán cansado de aguardar tanto tiempo, pues que todos sus ademanes revelaban una impaciencia y un desasosiego cada vez más progresivos. Ya se sentaba en un banco de piedra tras del cual se alzaba un combinado respaldo de enredaderas, ya se levantaba inquieto, y mohino se dirigía al cabo de la calle para asomar la cabeza é interrogar el jardín desierto completamente. La persona á la que con tanta ansiedad esperaba, no se daba prisas ciertamente en acudir á la cita.

En uno de estos momentos en que su impaciencia llegó á ser tal que le obligó á dar una fuerte patada en el suelo, creyó el marqués oír á sus espaldas una espresiva risa femenil, pero fué tan leve que pudo muy bien haber sido un murmullo solo de los árboles ó una simple ilusión. Algo de ello debió ser, porque el marqués se volvió repentinamente y no vió á nadie.

Encojióse de hombros y tornó á continuar sus paseos, hasta que, transcurrido otro buen rato sin que nadie se presentara, volvió á dar una patada en el suelo acompañando esta vez su gesto con una espresion de mal humor. Entonces oyó clara y distinta á sus espaldas, no ya una risita como primeramente, sino una verdadera carcajada.

Volvióse y vió asomar por detrás de la enredadera del banco la linda cabeza de una graciosa jóven de diez y seis años.

— Aura! exclamó.

— La misma, caballero — contestó la jóven mostrándose y adelantándose con cierta seriedad que hacia el más cómico contraste con su rostro picaresco, — la misma, que no esperaba por cierto hallar á un galán tan impaciente. ¿Porque no os marchabais, caballero, ya que tan desasosogado os traía el esperar un poco? Habeis de saber, señor marqués, que á mí no me gustan los galanes que muestran impaciencia y cólera porque su dama retarda un poco la hora de la cita. Yo quiero á los hombres sumisos, pacientes, resignados....

— Pero, Aura....

— Ja! ja! ja! — exclamó entonces la jóven dando una carcajada y cambiando completamente de tono, — con que te he hecho esperar, pobre marqués? Cuanto lo siento! Te duele la cabeza, amigo mio?.... el aire de la noche es tan malo.... sobre todo para los que se impacientan....

— Es posible que nunca has de ser formal, Aura? Siempre una niña!

— Cómo una niña? Tengo diez y seis años y soy la futura del marqués de Poza, un guapo mozo, un galán que no tiene rivales entre los hombres y que es querido de todas las mugeres.... sí, de todas las mugeres, bribón; no pienses engañarme. A bien que á mí me importa poco, — prosiguió la jóven con una volubilidad encantadora, — si tú le haces el amor á una sola que no sea yo, yo tendré galanes por docenas que beberán los vientos por mí.

— Aura, Aura, querida mia, déjate de bromas, ven á sentarte á mi lado y hablaremos formales.

Diciendo esto, el marqués cojió de la mano á la jóven y la hizo sentar con él en el banco de piedra. Aura se cruzó de brazos, se mordió los labios para reprimir la risa pronta siempre á aparecer en su infantil rostro de ángel y exclamó con toda seriedad:

— Hablemos formales; ahí me tienes formal, marqués, ya estoy grave como un soldado viejo.

— Qué hacías detrás de este banco?

— Te esperaba.

— Y cómo me has dejado pasear solo por tanto tiempo?

— Porque queria hacerte rabiár. Allí me estaba yo sin poder contener la risa viéndote dar un paseo tras otro.

— Cosas de niña!

— Ya te he dicho que no soy niña. Si me lo vuelves á repetir, me enfado de veras.

— No te lo diré mas, te lo prometo. Oye ahora una cosa, querida mia.

— Dí.

— Es verdad que la reina vela hasta hora muy adelantada de la noche, á veces hasta la madrugada?

— Sí, porqué?

— Por.... De manera que ahora está despierta?

— Sí.

— Y hácia dónde cae su estancia?

— No ves brillar á través de los árboles una luz, allí, hácia la izquierda?

— Me parece.... sí, ya la veo.

— Pues bien, es la luz que ilumina su pabellon.

— Ah! con que sus ventanas dan al jardin?

— Yo lo creo. Pero á qué todas esas preguntas?

— Por nada. Simple curiosidad tan solo.

— Es que tú no has venido aquí ni yo te he dado la llave del jardin para hablarme de la reina.

— Es muy cierto, querida mia, te hablaré de mí, de nuestro amor.

— Enhorabuena. Yo paso los dias muy triste, encerrada siempre entre cuatro paredes, junto á la reina que pasa la mitad de las horas llorando....

— Llorando!

— Sí.

— La reina llora?

— Muy amenudo.

— Y porqué llora?

— Que sé yo porqué! Porqué está triste.

— Triste ella!

— No es extraño. Lejos de su pais, casada con un hombre que no se acuerda de ella, en medio de una corte tan grave, no es raro que esté triste. Yo lo estoy tambien.

— Tú?

— Pues es claro. Imagínate tu mismo, marqués, que tú que eres mi hermano de la infancia, mi amante, mi futuro, no puedes hablarme jamás como no sea ahora que te he dado esta llave para que aquí nos veamos de vez en cuando. Dime si ha de ser cosa muy divertida estarse todo el dia metida una entre paredes y hasta tener que recurrir, para hablar con su futuro, á hacerlo furtivamente.

— Es verdad.

— Te aseguro que es cosa que desespera.

Los dos jóvenes siguieron su conversacion por largo rato. El marqués fué el primero que se levantó y se dispuso á partir. Aura queria acompañarle hasta la puerta, pero el de Poza, pretestando el aire poco sano de la noche, la hizo que se retirara á palacio, mientras él despues de haberla besado la mano, se dirijia pausada y sigilosamente hácia la puerta.

No bien habia andado la mitad del camino, cuando el marqués volviendo la cabeza se paró como para interrogar el silencio del jardin. Nada se oía y Aura debia ya haber entrado en palacio. Entonces el de Poza torció su senda y se dirijió, protegido por la sombra de los árboles, hácia el pabellon de la reina donde brillaba una luz.

Isabel estaba ocupada en escribir su correspondencia y en hacer sus notas, cuando le pareció notar un ligero ruido en los cristales de la ventana. Volvió la cabeza y vió dibujarse la sombra de un hombre tras la vidriera. Sobrecojida de espanto, iba á lanzar un grito, pero vió que el hombre ponía un dedo en sus labios como encomendándola el silencio. Casi en el mismo instante un vidrio, cortado por la punta de un diamante, dejaba pasar una mano y un billete rodaba á los piés de la reina. El hombre desapareció en seguida.

Isabel se inclinó, cojió el billete con mano trémula y leyó:

«Podeis fiar del todo en el hombre que no sé de que medio se valdrá para daros este billete, pero que os le dará, no me queda duda. Es un amigo fiel y adicto, un corazon á toda prueba. Poneos de acuerdo con él. Leal

servidor, se sacrifica por nosotros. A mí se me vigila de cerca; solo me rodean espías. Hemos empezado á suscitar sospechas y es preciso que adoptemos una resolución, sino somos perdidos. El portador os lo dirá todo. Repito que fieis completamente en él.»

La reina vaciló un buen rato despues de la lectura de este billete, pero por fin se decidió á acercarse á la ojiva. Allí vió á un hombre de pié sobre un monton de piedras que habia agrupado para llegar hasta la ventana, demasiado alta para poderla alcanzar sin auxilio de nada.

Isabel fué la primera en hablar.

— Antes que todo vuestro nombre — dijo al desconocido — para que pueda bendecirle.

— Señora.....

— Vuestro nombre?

— Marqués de Poza.

— Gracias, marqués. Lo que haceis puede costaros la vida.

— Moriré gustoso.

— Oh! gracias, mil veces gracias!

Y dijo estas palabras con voz tan conmovida, que se adivinaban las lágrimas prontas á brotar como un arroyo.

El diálogo prosiguió en voz baja, tan baja que hubiera podido confundirse con el mas leve susurro de la noche.

— Cómo habeis entrado hasta aquí, marqués?

— Tengo una llave de la puerta del jardin.

— Y si os ven entrar?

— A nadie infundiré sospechas.

— Porqué?

— Porque todo el mundo sabe que mi futura es camarista de la reina, y creerán que la vengo á ver á ella.

— Y el príncipe?

— Está rodeado de espías que no le dejan un momento.

— Hemos sido pues vendidos?

— Al menos hay sospechas.

— Y quién es el que sospecha?

— Antonio Perez.

— Oh!

— Acortemos la conversacion, señora; os daré mas pormenores si os dignais darme cita para otra dia.

— Pues bien, mañana mismo.

— Dónde?

— Hallareis la puerta del pabellon entreabierta, empujadla, y entrad hasta mi cámara. Yo os aguardaré.

— Está bien, señora. Qué le diré al príncipe?

— Decidle que Isabel le compadece.

— Y nada mas?

— Decidle tambien que.....

— Qué?

— Que Isabel le ama.

Y la reina se hizo arrebataadamente atrás luego que hubo soltado esta espresion, como asustada de haber cedido al deseo de su alma que se la arrojara á los labios.

El marqués bajó de su pedestal y se retiró tranquilamente, sin observar que, así que hubo salido del jardin, un hombre le fué siguiendo paso á paso y con cautela.

## V.

## LA PRINCESA.

CADA dos ó tres noches iba el de Poza á ver á su futura, con la cual solia permanecer una hora en grata conversacion, entretenidos dulcemente en formar proyectos para el porvenir, en pasear sus dos juveniles imaginations por los campos dilatados de los ensueños.

Aura era feliz en aquellos instantes y no se hubiera cambiado por una reina. Amaba de corazon al marqués, se veía correspondida, y, tierna y pura, inesperta y confiada, dejábase mecer por los goces que le brindaba una existencia pasada junto al hombre á quien entusiasta queria.

Aura era una niña todavía, pero todas las noches que veia al marqués, escitada por las ardientes y amantes palabras de este, se entregaba por entero á las sensaciones tan íntimas como dulces y hallaba gra-